

ANTONIO JOSE DE IRISARRI

(Fragmentos de una historia literaria de Chile en preparación)

por *Raúl Silva Castro*

I. RASGOS BIOGRÁFICOS

Entre los contradictores de Camilo Henríquez el que se destaca con más vivos colores y con sones más gratos para el arte literario es el guatemalteco don Antonio José de Irisarri, a quien por mil motivos habremos de considerar escritor chileno, por lo menos en algunos períodos de su larga y movidísima existencia. Nacido en Guatemala el 7 de febrero de 1786, hizo sus primeros estudios, ahí mismo, en un colegio de franciscanos, con singular aprovechamiento, hasta el punto de que ya a los veinte años de edad sabía matemáticas, física y astronomía, dominaba el latín y tenía nociones suficientes de inglés, francés e italiano como para leer cualquier libro escrito en estos idiomas. Escribió desde muy joven, y habría llevado por mucho tiempo la vida recogida de un literato colonial si la muerte de su padre no le hubiese puesto a temprana edad, desde 1805, en precisión de recorrer el mundo. Los intereses mercantiles de la casa de comercio establecida por el padre exigían inspección detenida y cuidadosa, tanto más cuanto que don Antonio José había sido designado albacea del testamento de su progenitor. Viajó entonces a México, circunstancia en la cual cayó prisionero de los ingleses, y de allí se vino al Perú, siempre en tren de negocios, y luego a Chile. En Chile Irisarri tenía parientes por el lado de

su madre, que era Larraín, de modo que en poco tiempo había entrado en la mejor sociedad santiaguina. En 1809 contrajo matrimonio con doña Mercedes Trucios Larraín prima suya, en la cual engendró dos hijos, una mujer y un hombre. Este último, que llevó el nombre de Hermógenes, estaba destinado a ser poeta.

A comienzos de la revolución de Chile circuló entre los patriotas el *Catecismo político cristiano*, escrito anónimo que algunos autores, tradicionalmente, han atribuido a Juan Martínez de Rozas y que don Domingo Amunátegui Solar ha creído poder atribuir a Irisarri. En muy diversas y señaladas circunstancias, Irisarri hubo de referirse, al contar los hechos de su vida, a sus estadadas en Chile y a los servicios, sin duda eminentes, que le debe la emancipación política de este país. Vale la pena a este respecto no olvidar que nunca se acordó para nada del *Catecismo*, prueba negativa pero, a nuestro gusto, bastante fehaciente de que él no fué su autor. Sea como fuere, Irisarri se hizo desde el principio patriota vehemente, y ya en octubre de 1811 entraba al Cabildo de Santiago. Los atropellos de Carrera al poder supremo crearon pronto en el guatemalteco una opinión adversa a don José Miguel, que se hizo pública y que mantuvo con entereza. Sus escritos de índole patriótica encontraron acogida en la *Aurora*, y luego, desde agosto de 1813, en *El Semanario Republicano*, periódico que fundó y sostuvo Irisarri hasta octubre del mismo año, fecha en que pasó a depender también de Henríquez. La destitución de Carrera, pronunciada por la junta de gobierno, se anticipó muy poco a la asunción del poder supremo por el propio Irisarri, designado mientras venía a hacerse cargo del puesto el titular, don Francisco de la Lastra. Fueron pocos días, pero en ellos Irisarri tuvo la satisfacción de mostrar decisión y energía poco comunes y tanto más de aplaudir cuanto que los momentos eran trascendentales por lo difíciles.

Un vuelco en la política derribó al Gobierno, puso el poder nuevamente en manos de los Carrera y llevó a los principales opositores que éstos habían encontrado en su camino, fuera de las fronteras de la patria. Entre ellos iba Irisarri, que pronto se trasladó de Mendoza a Buenos Aires llevando una mala noticia: la derrota de Rancagua. De allí siguió, algunos meses después, viaje a Europa, en donde establece su residencia en Londres hasta que recibe las nuevas del triunfo de Chacabuco, que le

permite regresar a Chile. A poco de haber partido de Londres rumbo a América llegaron las cartas credenciales que le acreditaban como ministro de Chile ante la Corte de Saint James. De regreso en Santiago, a comienzos de 1818, Irisarri encontró a O'Higgins aguardándolo para que se hiciera cargo del Ministerio del Interior, que le había asignado en su ausencia. La pesada labor de la oficina no restó fuerzas a Irisarri para redactar un periódico satírico, *El Duende de Santiago*, en el que libró dura lucha para despejar el ambiente de algunos de los odios que en él habían acumulado las largas disputas entre los partidarios de O'Higgins y de Carrera, agravadas a raíz del fusilamiento de don Juan José y don Luis. También esta etapa de la vida de Irisarri en Chile fué breve, porque ya en diciembre de 1818, designado diputado de Chile ante el Congreso de Aquisgrán (Aix-la-Chapelle), salía a hacerse cargo de su puesto. De paso ajustó en Buenos Aires, en los primeros días de 1819, el tratado de alianza entre Argentina y Chile para conseguir la independencia del Perú, que con razón se juzgaba indispensable para asegurar la libertad lograda ya por las dos naciones andinas.

El diputado se trasladó a Londres, en donde reanudó relaciones con algunas personas a quienes había tratado en su viaje anterior y trabó nuevas amistades que le iban a permitir en poco tiempo ser recibido por lord Castlereagh. La importancia de esta entrevista es trascendental para Chile y para la causa de la independencia en general, ya que en ella se planteó la cuestión del reconocimiento por el Gobierno británico. A pesar de la carencia de títulos, Irisarri se dió maña para comenzar a tratar de la colocación de un empréstito que permitiera a Chile realizar la empresa de la libertad del Perú. Conocidas estas diligencias en Santiago, el Senado las encontró inconvenientes y O'Higgins comunicó a Irisarri que las suspendiera o que resolviera el contrato si ya había llegado a ese extremo el negocio. Estas advertencias llegaron tarde; el empréstito estaba contratado, e Irisarri no sólo no hizo nada por anularlo sino que defendió su negociación y se apresuró a invertir el dinero que había recibido en todo género de mercaderías para la Expedición Libertadora. De este trance en que vivía sólo le vino a sacar la comunicación que le hizo el Gobierno de Chile en el sentido de que había acordado nombrar su representante ante varios gobiernos de Europa a don Mariano Egaña. A fines de 1824, Egaña consiguió por fin que

Irisarri le hiciera entrega de los papeles oficiales que obraban en su poder, y en enero del año siguiente el nuevo plenipotenciario de Chile estaba todavía tratando de que Irisarri pusiera término a diligencias que postergaba una vez y otra. El escurridizo personaje burló en definitiva a Egaña y al Gobierno de Chile, y viendo que le era imposible por el momento regresar a este país, emprendió viaje a la América Central. Esta parte de su existencia no nos pertenece.

En mayo de 1830 el curioso escritor aventurero se encontraba nuevamente en Santiago, después de doce años de ausencia durante los cuales todo era mudanza en el mundo de los negocios públicos, que era el medio al cual aspiraba. Después de un breve viaje por Bolivia, durante el cual atendió asuntos de interés familiar, Irisarri volvió a Chile en 1833, con el ánimo de quedarse aquí. Para ello comenzó por editar un libro sobre el empréstito de Londres, con el que confiaba desvanecer todas las dudas que pudieran haber quedado flotando en el ambiente chileno sobre esa negociación que varias generaciones han considerado ruinoso. Poco después tuvo que hacerse cargo de responder a Carlos Rodríguez, hermano de Manuel, el héroe de la Independencia, una publicación hecha en Lima en la cual, con lenguaje virulento, se reproducían todos los cargos que desde 1820 se venían formulando contra Irisarri. Estableció su residencia en Comalle, cerca de San Fernando, asiento de un fundo agrícola de gran cabida que adquirió por compra, y allí habría vegetado en la paz del hogar, que tan escasa fué siempre para él, si el Ministro del Interior, don Joaquín Tocornal, no le hubiese nombrado gobernador de Curicó a comienzos de 1835. Irisarri se puso a secundar la política represiva que Portales instauraba dentro de poco, justificada por la preparación de la campaña contra la Confederación Perú-Boliviana, y pronto se le distinguió con el nombramiento de Intendente de Colchagua. En este cargo le tocó denunciar y aplastar la sublevación de Arriagada y de Barros, que terminó en el patíbulo. Irisarri no volvió ya nunca más a esa provincia y sentó sus reales en Santiago.

Su amigo Tocornal lo nombró, en agosto de 1837, agente diplomático ante el Gobierno peruano para que en compañía de don Manuel Blanco Encalada, jefe de la expedición armada, agotara los recursos políticos en orden a conseguir un entendimiento que permitiera evitar la guerra con la Confederación. En

virtud de este nombramiento, Irisarri firmaba poco después el Tratado de Paucarpata, que Chile no ratificó y que fué considerado desde entonces un insulto al honor nacional. Si el negociador guatemalteco confiaba con este tratado detener la guerra, se equivocó porque la guerra se realizó y en ella obtuvo Chile un espléndido triunfo; y si creyó que Chile iba a recibir con beneplácito su tentativa, se equivocó todavía más grandemente, porque a raíz de tales sucesos no pudo volver nunca a la patria de su mujer y de sus hijos. Esta última parte de su existencia tampoco nos pertenece, pues, sino incidentalmente. El fallecimiento de Irisarri se produjo en Brooklyn, Nueva York, el 10 de junio de 1868. Su viuda, doña Mercedes Trucios, poco le sobrevivió, pues fallecía en Santiago de Chile el 24 de noviembre de 1871.

En el somero recuento de esta vida no ha podido caber, naturalmente, ni siquiera una ligera síntesis de la actividad irrefrenable que mostró Irisarri en todos los cargos y trabajos que aceptó hasta los últimos días, porque conviene recordar que habiendo sido muchas veces hombre rico en la plena extensión de la palabra, murió pobre, sin gozar de otra prebenda que de la modesta asignación que le pagaba el Gobierno de Guatemala, su patria, por la representación diplomática que de él hacía (desde 1855) en los Estados Unidos. Temperamento irritable, nervioso, capaz de las más audaces ideas, versátil hasta la inquietud, Irisarri hizo de su vida un *perder incesante*, como él mismo dijo, y no ha dejado fuera del campo meramente literario una memoria que lo enaltezca. Chile, sobre todo, le debe páginas negras que no podría redimir el hecho, sin duda extraordinario, de que fuese Irisarri quien, al contratar el primer empréstito en Londres, le hiciera conocido y hasta respetado como nación en los centros mercantiles del viejo mundo.

II. LA POLÉMICA DE LA PATRIA VIEJA

La historia no nos ha transmitido una impresión directa de la reacción que provocó en el ambiente santiaguino la campaña de prensa que Henríquez comenzó en la *Aurora* y continuó en el *Semanario Republicano* y en el *Monitor*. Los textos literarios de la época son pocos, y el partido moderado no disponía de prensa periódica. Las ironías del padre Martínez, realista *enragé*, indican

que no debieron faltar a Henríquez censores extremosos. No le faltaron, desde luego, en las filas de los eclesiásticos, que vieron con no disimulado horror a este fraile que tan sueltamente asumía el papel de revolucionario. Lo que resta de entonces son algunas piezas de la polémica entre Irisarri y Henríquez, que no son decisivas desde el punto de vista que estamos encarando. Ambos, en efecto, eran patriotas, y sólo les podían separar detalles de orden político y personal, antes que conceptos divergentes sobre el deber fundamental de los americanos que procuraban la libertad de América. En todo caso, Irisarri llegó a la prensa periódica a combatir el predominio de los Carrera, que le parecía funesto para el logro de la independencia, y por eso comenzó la polémica.

En el *Semanario Republicano* de 10 de noviembre de 1913, Henríquez publicó un extenso artículo en el cual encaraba el problema de la influencia del clima sobre el carácter de los hombres:

«La cosa no era tan nueva para mí —comentaba Irisarri—, pues ya la había visto en un periódico que se titula el *Verdadero Peruano*, y según recuerda mi memoria, creo que su autor era un subdelegado de Pasco llamado D. J. Larrea y Loredó.»

Los argumentos de Henríquez, o de Larrea, no hicieron mella al escritor guatemalteco, que se burló de lo lindo de aquella influencia del clima, llegando en su burla hasta la chacota.

«Si fuese el frío quien hace activos y pensadores a los hombres, vosotros en el invierno cortaríais un pelo en el aire, y si el calor trajese la pesadez y la torpeza, en el verano seríais unos postes andando: pero yo no veo ni vosotros veréis tales diferencias. Cuando hace frío os envolvéis en el poncho, os arrimáis al fuego, os engullís unos mates tras otros y no hay santos ni demonios que os muevan del brasero. Cuando hace calor os quitáis el poncho, os ponéis en mangas de camisa, os tendéis a la birlonga y dormís unas siestas tan largas como noches y unas noches tan largas como siestas. Para vosotros el frío y el calor son una misma cosa: vuestras pasiones, que son la desidia y el mate, os esclavizan en invierno como en verano. ¿No es esto así, carísimos paisanos míos? Pues lo mismo sucede en todo el mundo.»

Irisarri cree, en cambio, que es el gobierno el que tiene acción sobre los hombres, y no el clima, y luego repara a su antagonista el tono de sermón de sus escritos, que cree ineficaz para el objeto político que perseguía. Agrega que él, por su parte, habría hecho un retrato del pueblo chileno para poner de relieve sus defectos, y añade:

«De todos los pueblos que han hecho voto del patriotismo, ninguno ha adelantado menos que el nuestro, porque esta virtud social no puede amasarse bien con los feísimos vicios que forman nuestro carácter. Queremos que el patriotismo fomente nuestras pasiones bajas, que nos sirva de impunidad para cometer todos los crímenes, que nos autorice para destruir la misma patria; y éste es un desatino muy gordo y una cosa que no puede suceder, aunque hagamos pacto con el diablo. De esta suerte, sobre ser tan viciosos como somos, nos haremos los hombres más desgraciados, y donde quiera que vayamos iremos arrojando la ignominia y el odio de todos los hombres sensatos.»

En seguida expone la forma con que, a su juicio, cabe a un gobierno intervenir en las costumbres del pueblo, y al terminar desliza algunas insinuaciones sobre Henríquez en que se divisa claramente que le creía cobarde. A esta pieza replicó Henríquez con la conocidísima letrilla *La Procesión de los lesos* que, sin ser un dechado de poesía satírica, figura en el número de las mejores composiciones métrificadas de su autor. Allí presenta a Irisarri como «hombre a caballo en actitud de fugar», dice que «es un escritor de nieve y de habilidad» y que «es en extremo cobarde, aunque bravo para hablar». Y como este retrato le parece poco, al finalizar la letrilla vuelve a nombrarle en actitud desmedrada. Más interesante y medulosa nos parece la segunda carta de Irisarri que la primera, ya referida, y en ella aparecen proposiciones serias y meditadas con cuidado en medio de las referencias de broma y de los sacudones propios de la polémica. «¿No es un dolor, querido Cayo —dice—, que estemos en Chile queriendo hacer una república y que no sepamos por dónde hemos de empezar?» Y entonces el escritor intenta una digresión magistral, en la cual asoman, por cierto, los objetos de su inquina: los hermanos Carrera, con todo el disimulo debido a la situación:

«En el sistema republicano se considera a todos los hombres con iguales derechos al amparo de la Ley. El rico, el pobre, el poderoso, el desvalido, el de contraria opinión, todos sin distinción deben conocer el imperio de la voluntad general que expresan las leyes, y de la misma suerte habla el castigo con los unos que con los otros. Ni el rico, por serlo, puede oprimir justamente al pobre, ni el poderoso tiene en su mano la ruina del desvalido: la Ley mira con iguales ojos a todos los que tiene a su alcance, y al paso que contiene el demasiado poder de una parte alienta la debilidad y el abatimiento de la otra. Sólo el que cumple con las obligaciones que le impone la sociedad es el que no debe temer influjo, poder, ni relaciones: todos los ciudadanos son sus guardas y sus defensores; pero el que quebranta la Ley, por más rico, por más poderoso, por más sabio que sea, sufre el castigo establecido en desagravio de la ofensa que hizo a toda la república; este tal es mirado como un hombre indigno de la sociedad, y todos los ciudadanos son sus enemigos, sus acusadores, porque son los agraviados. He aquí la igualdad republicana; he aquí la fuerte áncora de la esperanza de la patria, en que está asegurada la felicidad individual contra todas las tormentas de esta vida trabajosa.»

En la postdata es más clara todavía la alusión a los Carrera, que habían arrollado ya entonces varias veces al Gobierno:

«¿Los reglamentos que se ponen en el *Monitor Araucano* son para observarse, o sólo para que llenen el papel y llevarnos el medio real de *bobilis bobilis*? ¿Hay algún modo particular de entender aquellos reglamentos, o no tienen diferencia de otra cualquiera escritura? ¿Hay algunos sujetos que pueden hacer lo contrario de lo que allí se manda? ¿Se puede o se debe quebrantarlos sin que proceda una revocación formal?»

A estas dos cartas públicas respondió Henríquez en la edición del 4 de diciembre con un artículo desmayado y sibilino que nada agrega a la polémica, y con una nueva letrilla, *Los Modorros*, menos inspirada que la anterior y poco transparente en sus alusiones. Parece responder a la misma necesidad de dar contestación a los escritos de Irisarri la letrilla titulada *El arrepentimiento*

que se publicó poco más tarde, cuya primera estrofa, por lo menos, ajusta bien a la situación:

*Yo llamo buena elocuencia
a la que mueve y persuade,
y llamo discurso agudo
al que es de fácil encaje.
Y pues aunque he hablado tanto
no he conseguido ablandarte
el pecho de pedernal,
ya veo que hablé muy mal.*

Irisarri esperaba una nueva oportunidad para largarse otra vez contra su débil y confuso contradictor, y el 5 de febrero siguiente le dedicó la tercera carta de la serie, a propósito de los comentarios hechos por fray Camilo a los desastres de Belgrano, en el Alto Perú. La acusación de cobardía es ya aquí implacable:

«Mucho siento verte tan postrado, y mucho más que esto suceda a un hombre que aspira al renombre de filósofo: ni siento menos el daño que nos trae a todos tu maldita enfermedad...

«Tu complexión es bastante débil, Cayo amigo, y tu cura debe empezar por fortalecer el cerebro. La imaginación demasiado viva te presenta unos fantasmas tan horribles que te sobrecogen, te amilanan y te hacen cometer mil impertinencias.

«...No, Cayo carísimo, es preciso confesar que lo haces mejor en las letrillas satíricas del *Semanario* que en los rasgos políticos del *Monitor*. A lo menos yo soy de sentir que haces mucho daño a la causa de Chile con dar tanto pasto a tu manía melancólica, y deseara, como soy Rejón, que supieras ocultar un poco el terror pánico que vas tomando a las armas de Pezuela y a las derrotas de Sault. Ya sabes que el miedo abulta y acerca los objetos tristes mucho más que si se viesan con el telescopio de Herschel: procura, pues, desprenderte un poco de tu melancolía y escucha las recetas que te doy.»

Pasando al terreno serio, afirma su fe en el resultado final de la lucha emprendida por los patriotas, declara hallarse dispuesto a soportar todas las consecuencias que de ella le sobrevengan, con ánimo tranquilo, y opone a los pronósticos melancó-

licos de Henríquez la decisión patriótica inquebrantable que descubre en la proclama de don Ignacio Cienfuegos a sus feligreses de Concepción, que reproduce para seguir diciendo:

«Ya ves, mi Cayo, cómo hay hombres que no tienen miedo a los tiranos aun en el mayor apuro. Toma, pues, su ejemplo para ser consecuente a los principios que has proclamado, que son los únicos justos y que te han de sacar de los peligros.»

Esta última pieza termina con una disertación de Irisarri que debe ponerse en el número de las más inspiradas que escribiera en Chile, donde hace una vez más el elogio de la causa de la libertad y de su decisión de entregar a ella hasta la última gota de su sangre. La polémica, propiamente hablando, termina con esta tercera carta; hay otra más, de 19 de febrero, en la cual Irisarri se dirige a sus amigos en general y les representa vivamente las razones por las cuales le parecen condenables las ambiciones de los Carrera, a quienes, por lo demás, no menciona en parte alguna. De ésta carta se desprende también que algunos santiaguinos habían propuesto a Irisarri para ocupar un puesto en la administración, lo que coincide, a pesar de las protestas que él hace de no interesarse por ninguno, con el hecho de que poco más tarde iba a ser, aunque por pocos días, jefe del Gobierno.

Las intemperancias de Henríquez contra Irisarri no parecen haber disminuído mucho el afecto que, sin duda, unió a los dos personajes ya que, como ha recordado el señor Amunátegui, en 1818 el escritor guatemalteco escribía en un periódico de Santiago, *El Duende*, en elogio de los escritores y hombres públicos chilenos que se habían distinguido en otras naciones americanas:

«Nada hay más común que el ver hombres hábiles comunicando sus luces en los pueblos extraños. Un Cortés en Caracas, un Henríquez en Buenos Aires, un Eyzaguirre en Lima, harán siempre honor a Chile.»

En los números 44 y 45 de *El Monitor Araucano*, correspondientes al mes de mayo de 1814, Pacífico Rufino de San Pedro había comenzado una difusa explicación acerca de las circunstancias políticas observadas en Chile desde los movimientos de

1810 hasta el tratado de Lircay, ajustado entre Gaínza y O'Higgins. Semejante artículo dió origen a una polémica en la cual iba a intervenir Irisarri cubierto también bajo las iniciales de un seudónimo, A. G. de C. Apenas llegado Ossorio al Gobierno de Chile, después del desastre de Rancagua, dictó una orden para que se entregaran todos los ejemplares que conservaban los particulares, de ciertas publicaciones hechas en el período de la Patria Vieja. Entre ellas citó nominativamente todas las piezas de la polémica a que venimos refiriéndonos, y de allí que todas sean hoy de extraordinaria rareza. Ha de celebrarse, pues, que se hayan dado a luz en el orden que les corresponde en el Archivo O'Higgins, t. II, 1947, p. 245-302. Las intervenciones de Irisarri en esta polémica, que no tocan en nada el fondo del asunto que se debatía —esto es, el grado de fervor patriótico de los escritores que entonces llenaban las columnas de los papeles públicos—, no alcanzan el vuelo literario de otras páginas que citaremos, pero proporcionan abundante luz para ver en qué grado las relaciones personales de los periodistas diseñaban las diferentes tendencias. Salas (Pacífico Rufino de San Pedro) y Henríquez quedan entre los timoratos, Irisarri queda entre los patriotas serenos y Vera entre los exaltados y furibundos, a quienes el guatemalteco llama de vez en cuando a la cordura.

III. OTROS ESCRITOS SOBRE CHILE

Después de su segundo paso por Chile Irisarri, como se ha dicho, fué a Londres y allí se entregó a la labor diplomática, para la cual, sin duda, poseía privilegiadas condiciones. No tuvo entonces grandes oportunidades para escribir, pero alguna se le presentó. «A fin de combatir todos los papeles que defendían la causa de América, la Embajada de España dispuso la publicación de un periódico, que llevó por título el de *El Observador*. Irisarri se propuso inmediatamente establecer otro periódico, al que pensó dar por título *El Correo Americano*, pero como no encontrara quien lo imprimiera al fiado, y el dinero le escaseaba hasta para la comida, según decía, desistió de su proyecto. Dió entonces a la estampa un extenso escrito, con el título de *Carta al Observador en Londres, o impugnación de las falsedades que se divulgan contra América*, en la que exhumó el seudónimo que ya había usado en Chile, Dionisio Terrasa y Rejón, natural de la

Metagua. Analizaba en él, con agudeza y con vigor, la política seguida por España con sus colonias, los esfuerzos desplegados por ellas en los últimos diez años en favor de su independencia, los éxitos obtenidos en su lucha, la riqueza de sus producciones y los motivos que asistían a los americanos para la defensa de la independencia de sus nacionalidades.» El efecto de este escrito fué grande, como registra el señor Donoso, de cuyo libro se ha tomado el fragmento anterior, y debe ponerse en la cuenta de Irisarri como diplomático y, sobre todo, entre los antecedentes que hubo de pesar el Gobierno británico al reconocer la independencia de América pocos años más tarde.

Relación directa con el país que le había diputado tiene la *Memoria sobre el estado presente de Chile*, en la cual hace un elogio templado y digno del pueblo chileno, al paso que formula reservas acerca del carácter democrático de la organización política que el país mostraba a los ojos de los extranjeros. La verdad es que Irisarri era partidario de los gobiernos fuertes. Creía, particularmente, que la democracia era irrealizable en los países americanos, para los cuales propiciaba una forma de despotismo ilustrado que sólo era posible en aquellos que poseían una oligarquía estable y asentada. Chile estaba en ese número, a juicio de Irisarri, y como veremos más adelante éste fué uno de los motivos más permanentes de admiración que el guatemalteco sintió por la patria de sus hijos.

En 1820 emprendió, también en Londres, la publicación de una revista a la cual puso el nombre de *El Censor Americano*, con el objeto, declarado por él mismo, de «notar los errores y los desaciertos de los gobiernos de América en su nueva carrera política». En esta empresa, que duró corto tiempo, le ayudó don Andrés Bello, que fué secretario de su legación en Londres y su amigo de toda la existencia. Más tarde publicó un prospecto sobre el empréstito que proyectaba contratar para Chile, en el que pintaba muy halagüeño cuadro de las condiciones naturales del país. Cuando don Mariano Egaña le suplantó en la legación, Irisarri abrió casa de comercio y se dedicó a especulaciones bursátiles en que daría empleo a las relaciones ganadas con el empréstito. El diario londinense *Morning Chronicle* comenzó entonces a vigilar sus ajetreos, y luego inició una campaña en su contra que Irisarri hizo detener con los tribunales. Hubo juicio de imprenta, en que el editor del diario fué condenado a pagar

a Irisarri 400 libras esterlinas de indemnización, lo que dió motivo a éste para difundir un folleto titulado *Chilian Loan. A report of the Trial of Irisarri v. Clement* (nombre del editor de *Morning Chronicle*) in the Court of Common Pleas, que se editó en 1826.

Después de un intervalo en la América Central, Irisarri entró de nuevo en Chile en 1830, como ya se dijo, en el punto preciso para hacerse cargo de los cargos que le había formulado Carlos Rodríguez en un folleto impreso en Lima y que, por cierto, circuló en Chile. Así nació la *Carta de Antonio José de Irisarri a los editores del Mercurio de Valparaíso*, pieza maestra de polémica que abunda en rasgos personales dignos de nota.

«No es cierto —leemos en ella—, como dice don Carlos, que fuí enemigo de los Carreras. Fuí contrario a ellos, es verdad, y creí tener mil razones para serlo. Mi oposición fué descubierta y franca, como se ve en *El Semanario Republicano*, en que les atacué hallándose ellos con las armas en la mano, y yo sin más apoyo que mi pluma. Siento hablar de los muertos, porque no soy de aquellos que gustan hacer leña del árbol caído. Les atacué vivos, y deploro la fatalidad que les condujo al sepulcro. Hablé cuando podían responderme, y ahora respeto su silencio. Felizmente ni tuve, ni pude tener parte en los últimos sucesos de su vida.»

Y en otra parte agrega:

«Yo hice respetar el Gobierno de Chile (en Londres), sacando del ministerio inglés las órdenes necesarias para que los comandantes de los buques de guerra de aquella nación tuviesen la misma consideración a la autoridad chilena que a la española; yo pedí satisfacción de los insultos hechos a esta autoridad, como podía pedirla el Embajador de una nación reconocida, y conseguí que se me diese la satisfacción pedida en los mismos términos en que se le hubiera dado a un embajador de Francia o de Austria.»

En 1837 Irisarri sale de Chile para no regresar nunca más, pero debe seguir ocupándose algún tiempo en cosas chilenas: ya en 1838 escribe la *Defensa de los Tratados de Paz de Paucarpata*,

donde emprende la más difícil de las tareas, hasta para hombre tan desaprensivo como él: probar que el tratado era conveniente a Chile, dejando establecido de paso que los negociadores, él y don Manuel Blanco Encalada, tenían autorización para ajustarlo. Claro está que no convence, ni en ese escrito ni en otro posterior, publicado también en Arequipa, *Revista de los escritos publicados en Chile contra los Tratados de Paz de Paucarpata*. Nuevos cargos contra su negociación le llevaron a escribir la *Impugnación a los artículos publicados en El Mercurio de Valparaíso sobre la campaña del ejército restaurador*, donde abandona el tono polémico y abraza el de una exposición serena y prudente. Más tarde, en fin, el escritor responde a los artículos que sobre el mismo tema se habían estado publicando en el diario oficial de Chile, *El Araucano*, con unos *Diálogos políticos sobre la defensa del Tratado de Paucarpata*, también impresos en Arequipa y en 1838. La derrota de Santa Cruz en Yungay alejó poco después del Perú a Irisarri, que estableció por algún tiempo su tienda en Guayaquil, donde comenzaba el 1.º de junio de 1839 a publicar un periódico titulado *La Verdad Desnuda*, no pocas de cuyas páginas dedicó el autor a emporcar a Chile. También se refiere a éste la *Crítica hecha por D. Antonio José de Irisarri de la Revista Política de Bolivia publicada en El Mercurio de Valparaíso*, donde hace dos cosas igualmente censurables para el espíritu chileno: defender a Santa Cruz y denigrar a Chile.

De Guayaquil Irisarri fué a Quito y de allí pasó a Colombia, donde iba a detenerse, sobre todo en Pasto, para escribir una de las mejores obras de la literatura americana, la *Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho*, en cuyo discurso preliminar deja estampado un ardoroso elogio de Chile. Como ya no podía esperar nada del país al cual había traicionado tan abiertamente en Paucarpata, debe considerarse esta página como un desinteresado y espontáneo homenaje del pensador y del literato a la nación en cuya historia tantas veces debía citarse su nombre, y no siempre para coronarle de laureles. Allí comenzaba Irisarri pasando revista a los asesinatos de personajes vinculados a la revolución americana que se habían sucedido hasta el de Sucre, y se preguntaba cuáles podrían ser las causas. «En la historia de la América española» creía ver la «historia de las injusticias, de las perfidias, de los odios, de los rencores, de las revueltas y de las venganzas más

a troces». Y en medio de ese panorama de crueldades y de horrores que describe, Irisarri hace una pausa para señalar la benévola excepción de Chile.

«Este Chile —escribe entonces—, con su gran agricultura, con su extenso comercio, con sus modernas industrias, con su nuevo genio, con su creciente prosperidad, cultura y riqueza, es la obra exclusiva del trato con los ingleses, con los franceses y con todos los extranjeros que han introducido allí sus gustos, sus usos y costumbres.

«Los chilenos —agregaba después— han tenido el buen juicio de dejarse conducir por los ejemplos de los que podían ilustrarlos y son, sin disputa, los americanos españoles que han sacado las ventajas que todos debimos proponernos en nuestra emancipación de la España.»

En este elevado análisis de la idiosincrasia nacional, en contraste con las de las otras provincias americanas que personalmente conocía, Irisarri no dejaba de apuntar a la causa de aquella insólita prosperidad.

«Allí los hombres —afirmaba—, cansados muy pronto de perder el tiempo empleándolo en cuestiones políticas, que no son entre nosotros sino cuestiones de nombres o de personas, han conocido que el interés de la sociedad no está sino en la prosperidad de todos los individuos, y que esta prosperidad no es la obra de las teorías que dividen a los hombres en facciones opuestas, sino de la práctica de aquellos principios que todos reconocen como indisputables.

Más adelante, después de tocar extremos de la situación a que había emprendido pasar revista, Irisarri vuelve a revelar lo justo de la idiosincrasia chilena al decir:

«En Chile es verdad que no se ha escrito tanto como en la Nueva Granada sobre principios y doctrinas, pero se ha hecho infinitamente más por la felicidad y comodidad de los hombres, y es una lástima que no podamos al mismo tiempo adquirir las dos famas: la de sabios y la de prudentes.»

No nos pertenecen las *Cuestiones filológicas* que elogiaría grandemente Menéndez y Pelayo y que el guatemalteco editó en Nueva York en 1861, pero pronto iba a proporcionársele oportunidad para volver a ocuparse en cuestiones chilenas. Don Melchor Concha y Toro redactó la memoria histórica de 1862 que disponía la Ley que se leyera en la apertura del curso de la Universidad de Chile, y a pesar de que ella, como dice su título, abarca la vida de *Chile durante los años 1824 a 1828*, hubo forzosamente de explicar algunos sucesos ocurridos antes. Ese fué el turno del empréstito contratado en Londres por Irisarri, y la ocasión para que éste respondiera a Concha en un escrito titulado *Entendimiento de la memoria histórica*, etc., publicado en Nueva York en 1863. Gran parte del mérito que se debe conceder a esta pieza de polémica estriba en que en sus páginas insertó Irisarri su correspondencia con Egaña, el sucesor a quien debía rendir cuenta de sus actos en Londres. Por lo que se refiere a personalidades, en este escrito hay virulentos ataques al ya mencionado Egaña y, por cierto, a Concha, que había proporcionado a Irisarri la oportunidad de salir nuevamente al combate. Y como si el destino de este hombre fuera combatir sin descanso hasta que la muerte se lo diera para siempre, el mismo año hubo de publicar el trabajo titulado *El Charlatanismo de Vicuña*, que es, como dice otra parte del título, una «crítica del disparatorio titulado *El Ostracismo del general don Bernardo O'Higgins*». Vicuña Mackenna había publicado en 1860 el libro ahí mencionado, escrito todo él sobre la base del archivo personal del prócer chileno que le franqueó en el Perú don Demetrio O'Higgins, y al hacerlo no había omitido juicios acres sobre Irisarri y otros agentes de O'Higgins que, a juicio del historiador chileno, contribuyeron a la caída del Director Supremo en 1823. También hubo de tocarle Vicuña con la publicación de la biografía de Portales, y entonces Irisarri dirigió a su hijo, don Hermógenes, una carta crítica sobre este trabajo, que no se ha publicado en libro hasta 1934 y que puede leerse en el diario santiaguino *El Ferrocarril*, de 18 de noviembre de 1863. Defendía en este escrito, una vez más, el *gobierno fuerte*, y, en especial, el de Portales; hacía la apología del espíritu chileno en cuanto concordaba con este régimen, ya que lo había hecho posible entonces y bajo el gobierno de don Manuel Montt, y condenaba severamente la ligereza de los juicios de Vicuña Mackenna, a quien veía empapado en las

ideas de libertad democrática sin frenos que a Irisarri le parecían particularmente condenables. Y como encontraba que estas ideas habían hecho mucho camino en Chile y le tornaban difícil cualquier entendimiento con el país de que tan calurosos elogios tenía hechos en el discurso preliminar de la *Historia Crítica*, he aquí el desahogo que profería en una carta dirigida por aquel entonces a sus hijos:

«¡Maldito país! Le dí mi fortuna, le dí su primera imprenta, influí en su revolución, escribí en defensa de su causa, establecí su crédito en el extranjero, salvé su honor y su ejército, y ya veis, hijos míos, el pago que he recibido. ¡Es el pago que vuestrós paisanos mismos llaman el pago de Chile! No me habléis más de ir a esa República, porque antes iría al fin del mundo. Si es preciso que perdáis por mi culpa el último centavo, perdedlo, que estará bien perdido en un país donde lo que reina es la ingratitud y la envidia. Los chilenos, que tienen mucho de romanos, parecen paridos por judías.»

A las réplicas que habían motivado sus últimos escritos públicos seguía respondiendo el ardiente escritor guatemalteco desde Nueva York, y en enero de 1864 escribió a su hijo una carta que tenía por objeto replicar a Vicuña Mackenna, a Concha y Toro, a don Ventura Grez y a don Ambrosio Valdés Carrera. De creer a las vehementes explosiones de dignidad herida que se leen en esas líneas, donde el escritor se movía a sus anchas, variando el tono del alegato cuantas veces le parecía necesario y haciendo verdadera gala de estilo, nos encontramos en presencia del más ilustre hombre público a quien persigue, sólo por incomprensión y por envidia, una jauría de seres destituídos de cultura, de humanidades, de tacto, de penetración y de respetabilidad. Cosa semejante cabe decir de otro escrito de este tiempo, motivado por parecidas circunstancias. Don Daniel Barros Grez, hijo de uno de los conjurados a quien hizo ajusticiar Irisarri en 1837, había publicado unos *Apuntes sobre la revolución de Colchagua*. Una nueva carta a don Hermógenes sirvió a Irisarri para responder a los que llamó «soeces, necios e impertinentes escritos» de Barros Grez, aprovechando de paso para registrar las menudencias del proceso y dejar establecido que, como autoidad, no le cabía en 1837 adoptar otra actitud que la que adoptó

ante una conjura que asumía todos los contornos de traición a la patria por encontrarse ésta en estado de guerra. Barros Grez, ni corto ni perezoso, publicó una composición en verso titulada *Poema elegíaco en 1837 cantos titulado La Irizarrada o, si se quiere, la Irizorrada* (1864), donde se vuelcan contra Irisarri denuestos de marca mayor y se repiten las inculpaciones que, desde muchos años antes, venían proclamando los escritores e historiadores chilenos. A este poema, que por cierto vale muy poco, replicó también Irisarri con el último escrito que le debe Chile: un folleto de menguadas cuatro páginas de texto, titulado *El Ajiaco*, retruécano que le había procurado el adjetivo *elegíaco* puesto por Barros en el título de su poema. Dándole una importancia que tal vez no merezca, lo recogió en las *Poesías Satíricas y Burlescas* (Nueva York, 1867), donde figura a la página 164 con el título de *El burro del Maule y el Pegaso*. De estos escritos que hemos reseñado a la ligera, a riesgo de parecer prolijos en la enumeración, tienen interés permanente *El Charlatanismo de Vicuña* y la carta sobre la biografía de Portales, por referirse a uno de los más conocidos historiadores chilenos, y también lo tiene la segunda carta que se refiere al mismo Vicuña, a Concha y Toro, a Grez y a Valdés Carrera. Apartando lo que en ellas hay de polémica personal, y descontando por eso mismo lo que muestran de agresivo e intemperante, llegan a ser estudios de crítica literaria muy agudos de que no puede prescindirse en el estudio ordenado de los escritores a que se refieren. Y por ellos venimos a comprender que en otro medio, con otras urgencias o, por lo menos, despejada la mente de las muchas de orden secundario que hubieron de atribularle, Irisarri habría sido un excelente crítico en virtud de sus doctrinas, de sus lecturas y de su inalterable buen gusto, resplandecientes en él hasta en los momentos más ingratos de la discusión y de la riña, que de tal pueden calificarse las que promovió y le promovieron sus contradictores.

IV. OPINIONES Y JUICIOS

Los escritores chilenos que juzgaron al ilustrado guatemalteco no han tenido interés ninguno en separar al hombre público del escritor, ni han estudiado a éste con el empeño necesario para llegar a conclusiones durables. La negociación del empréstito, la cruenta represión de Colchagua y el malhadado pacto de Pau-

carpata, más la ulterior conscripción de Irisarri en las filas de Santa Cruz, han bastado para que sobre el nombre del escritor se tienda un velo de odio o, por lo menos, de incomprensión. Don Marcelino Menéndez y Pelayo, en cambio, que como no era chileno no se creía en la obligación de endosar rencores ajenos, abarcó en unas cuantas frases el talento de Irisarri. Con ellas vertió el juicio más compendioso que nosotros conocemos sobre las galas literarias del escritor.

«Si el conocimiento profundo de la lengua, la experiencia larga del mundo y de los hombres, la familiaridad con los mejores modelos, la valentía incontrastable para decir la verdad y el nativo desenfado de un genio cáustico, pero puesto casi siempre al servicio de las mejores causas y al lado de la justicia, bastaran para enaltecer a un poeta satírico, nadie negaría alto puesto entre los que tal género han cultivado al célebre guatemalteco D. Antonio José de Irisarri, uno de los hombres de más entendimiento, de más vasta cultura, de más energía política y de más fuego en la polémica que América ha producido.»

La mayor reserva que le dirige el crítico santanderino es que le faltó el *quid divinum* que hace al poeta: sus poesías son prosa puesta en verso.

«En la versificación es desigual, y muchas veces duro, insonoro y descuidado: hacía los versos sueltos, cada uno de por sí, sin dar casi nunca una armonía general al período rítmico, por lo cual los suyos casi se confunden con el discurso prosaico.»

Pero le queda todavía mucho que elogiar en la obra varia de Irisarri:

«La lengua es muy sana, como queda dicho, y como podía esperarse del autor de las *Cuestiones filológicas*. El gusto dominante es el de los satíricos españoles del siglo XVIII: Jorge Pitillas, Iriarte, Forner, Jovellanos, Moratín el hijo.»

Después de esto, poco podríamos agregar en este breve bosquejo, si no fuera que Irisarri nos dedicó algunas páginas de su obra, no las mejores por desgracia, y que la mayor parte de

ella fué escrita fuera de Chile, se concretó a temas que no nos tocan sino muy de paso y no puede por eso mismo ser referida en esta oportunidad, salvo en general y a la ligera. Se dijo ya en el sitio pertinente que Irisarri redactó en Chile, a poco de llegar, un periódico, *El Semanario Republicano*, que pronto tomó en sus manos el diligente Henríquez. Por causas que no han sido bien precisadas y que parecen arrancar sobre todo de las diferencias políticas que se diseñaron entre ambos, es el hecho que Henríquez e Irisarri polemizaron por la prensa y que en esta discusión la iniciativa correspondió, como era de esperar, al guatemalteco.

Si bien a Irisarri puede vérselo citado en todas las historias que tratan de Chile desde el período de la Patria Vieja hasta veinte o más años después, no había sido objeto de una monografía especial. Don Ricardo Donoso tomó a su cargo esta labor, y dedicó al personaje una completa biografía que dió a luz la Universidad de Chile en 1934; posteriormente, el mismo escritor compaginó una antología de *Escritos Polémicos*, en donde se recogen algunos de los importantes alegatos a que se ha hecho mención más arriba. Con ambas publicaciones ha mejorado grandemente la apreciación de Irisarri, no en el sentido de que su nombre quede libre de las imputaciones que le hicieron los contemporáneos, pero sí como objeto de estudio desinteresado. Hoy parece ya posible estudiar la obra literaria de Irisarri sin que la empequeñezcan las circunstancias que hemos venido indicando, y no cabe duda de que ese resultado se debe a la brillante aportación de documentos nuevos y al ordenado relato que caracteriza la biografía del señor Donoso. La correspondencia de Irisarri con los personajes chilenos a quienes hubo de frecuentar en las cuatro residencias que hizo en este país, parece haberse extraviado en la mayor parte de sus piezas. En el *Epistolario de O'Higgins* aparecen cartas que indican una comunicación activa entre don Bernardo e Irisarri, pero no se conocen las de este último. El señor Donoso en el libro biográfico sobre Irisarri, el más completo que se conoce, copia algunas cartas dirigidas por su personaje a varios sujetos, pero no establece en parte alguna que haya tenido a su disposición un archivo completo de correspondencia. Lo mismo cabe decir de don Diego Portales y de don Andrés Bello, con quienes mantuvo Irisarri amistad inalterable, ya que en las obras compuestas sobre aqué-

llos por Vicuña Mackenna y Amunátegui, respectivamente, no se copian cartas del guatemalteco.

De la lectura de las piezas de polémica que escribió el autor desde su refugio de los Estados Unidos, así como de otros escritos suyos, se desprende que poseía un archivo muy copioso, ya que le era fácil documentar con abundancia los hechos sobre los cuales discutía y las pruebas que necesitaba oponer a sus contradictores. Debe presumirse, pues, que la correspondencia original que recibió Irisarri, así como los copiadore de la suya y papeles y recortes y demás piezas propias de un archivo, quedaron en Estados Unidos y corrieron suerte parecida a la que cupo a los cortos bienes de que se formó la sucesión.